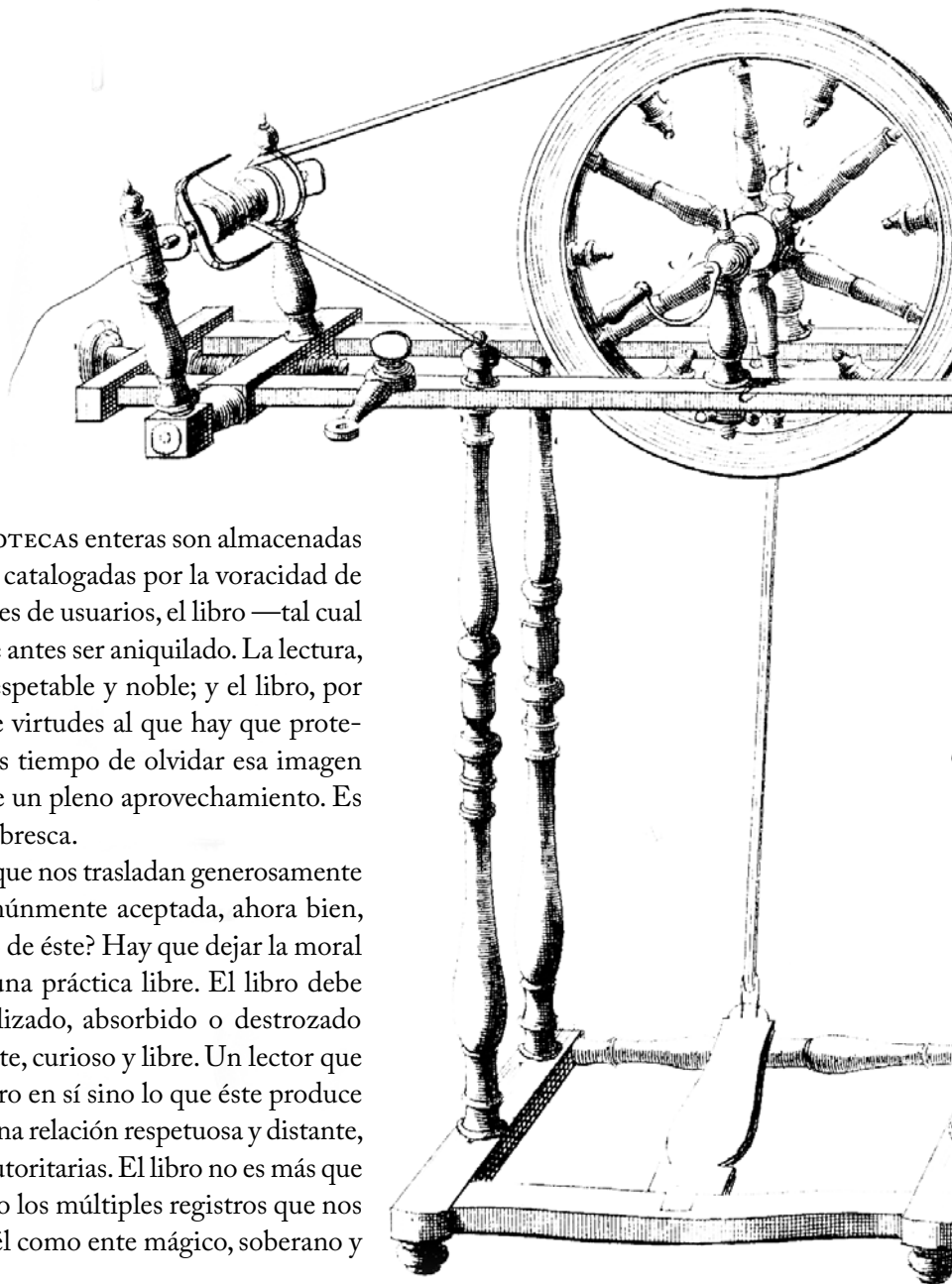


Por la destrucción del libro

Ramón Castillo

EN UNA ÉPOCA DIGITAL EN LA QUE BIBLIOTECAS enteras son almacenadas en *clusters* diminutos, al alcance de todos, catalogadas por la voracidad de Google, ofrecidas gratuitamente a millones de usuarios, el libro —tal cual lo hemos conocido— para sobrevivir debe antes ser aniquilado. La lectura, hasta la fecha, pareciera ser un asunto respetable y noble; y el libro, por extensión, un objeto maravilloso lleno de virtudes al que hay que proteger de los progresos de la ciencia. Pero es tiempo de olvidar esa imagen y buscar la manera de superarlo mediante un pleno aprovechamiento. Es hora de perder el respeto por la cultura libresca.

Si los libros son vehículos luminosos que nos trasladan generosamente a lugares variopintos, idea general y comúnmente aceptada, ahora bien, ¿qué importa más, un libro o el contenido de éste? Hay que dejar la moral de la hoja impresa y asumir la ética de una práctica libre. El libro debe morir. Pero debe morir plenamente utilizado, absorbido o destrozado por la mirada voraz de un lector inteligente, curioso y libre. Un lector que comprenda que lo importante no es el libro en sí sino lo que éste produce en él. Un lector que no se vea sometido a una relación respetuosa y distante, sino inclusiva y ausente de imposiciones autoritarias. El libro no es más que una herramienta que pone en movimiento los múltiples registros que nos conforman. La relación que se tiene con él como ente mágico, soberano y





llo de bondades, capaz de repartir sabiduría a todos, debe destruirse en tanto procura reverencia y quietismo.

La verdadera potencia de un texto radica en el enfrentamiento que se emprende al abrir sus páginas. Los libros no deben de ser considerados como entidades definitivas, mejor será pensarlos como potencias que fluyen hacia todas direcciones, recorren diversos grados semióticos y actualizan la potencia de la mente. No hay nada más ridículo que el personaje que acumula obras completas de escritores célebres pero no se atreve a leerlas. Bibliotecas enteras han sobrevivido a sus dueños sin nunca haber sido usadas. El libro fetiche es libro divino, inmaculado y perfecto en su existencia. Libro valioso no por lo que produce sino por lo que aparenta. No es necesario mancillar su pureza mediante la intransigencia de la lectura, a su dueño le basta presumir que el Quijote es grande, aunque no sepa nada de él. Esta idea es la que proponemos aniquilar.

Los libros son objetos lejanos e inaccesibles porque se les ha hecho creer a los estudiantes que son objetos a los que hay que reverenciar por sus enormes bene-

ficios sin jamás haberles mostrado cuáles son dichas bondades. De ahí que una considerable proporción de adultos no haya leído apenas diez libros en toda su vida, tal vez, hasta menos. La idea de que la cultura por sí misma es capaz de regenerar la incorregible naturaleza humana se ha impuesto como una meta para el hombre común. Esta maniobra educativa, que supuestamente emancipa al hombre de la ingenuidad y la estupidez ha logrado, contrariamente a su objetivo, hacer de los libros una carga demasiado pesada para el estudiante que ve en la estupidez y la bestialidad un refugio seguro y fácil para resguardarse del oscurantismo educativo. En este país el libro es una carga que nadie está dispuesto a llevar. No se habla de un objeto lúdico y estimulante, a lo mucho, la idea que de ellos se tiene es la de cosas que se intenta, con mucho trabajo, entender, y casi nunca, cuestionar. En la escuela, gracias a aquellos profesores que sólo infunden pereza y apatía, a los libros se les presta atención de manera obligatoria, se les respeta —como si fueran ancianos o sacerdotes— pero no se hace mención de que también pueden ser ocasiones de dialogo, no necesariamente amistoso, o que incluso se les puede criticar y analizar. No se menciona, principalmente, porque los profesores también desconocen dicha dimensión.

Lo primero que se debe de hacer para evitar que la gente le tenga miedo a los libros y a la lectura, es perderles el respeto. Los libros, como nos los han presentado en la escuela, son objetos reverenciales pero desconocidos, sacros, cuyo contenido no es revelado al vulgo y, por ende, desconectados de la realidad en la que vivimos. A la gente no le atrae la lectura cuando siente, o presiente, que no tiene nada que decirle. La primera reforma educativa debería consistir en desacralizar al libro. Cada potencial lector piensa que hay demasiados significados previos —¡toda una tradición!—, demasiado qué considerar para poder siquiera abrir un texto. Quizás esa sea la razón para que los “inventarios” de libros imprescindibles tengan tanto éxito. La gente quiere que le digan qué pensar y qué leer. No es extraño que todo se reduzca a la

única certeza que la mayoría obtiene en las aulas: leer es aburrido. En oposición a esto, es importante caer en cuenta que su fuerza no radica en ser acumulado, siguiendo la recomendación de los profesores, sino en asimilarlo, absorber su contenido, adoptarlo dentro de nuestras referencias intelectuales, sensitivas e imaginativas. Los libros no sirven de nada si no son leídos. Son puro ornamento de una actividad mental ausente.

Por eso mismo, realmente no supone ningún drama si el libro desaparece o no, pues es probable que desde hace tiempo ya haya muerto para la mayor parte de las personas.

El libro se realiza plenamente sólo cuando es leído y comprendido, interrogado e injuriado. La actitud del que los lee es complementaria del esfuerzo volcado en cada libro por su escritor. Rayar, subrayar, apuntar ideas propiciadas por tal o cual frase, arrancar o doblar las hojas, estropear el empastado o deshojar el lomo, no importa lo que se deba hacer, sólo a condición de que se le extraiga el alma al libro. Sólo así alcanzará plenamente el objetivo para el cual fue pensado: sacudir al lector, extirparle sus inconmovi-

bles certezas, obligarlo a ponerse de pie, como decía Vasconcelos.

Hay que maltratar a los libros. Arrancarles el aura de santos y comenzar a hacerlos nuestros. Uno de los siete sabios de Grecia, Bías de Priene, dijo: “*Omnia mea mecum porto*”—Llevo conmigo todas mis cosas—mientras abandonaba su ciudad. Es decir, ningún libro, por más genial que sea, tendrá valor si antes no se ha incorporado al bagaje existencial de su poseedor. No hay objeto más importante que el pensamiento propio. La validez de la cultura escrita no radica en la posesión fetichista de innumerables y extrañísimos volúmenes, sino en algo más simple y poderoso, la interiorización plena de lo leído y sus repercusiones.

Si aprendemos a leer y ver en los libros instrumentos para estimular nuestro desarrollo y no catálogos de respuestas fijas, si comprendemos que la lectura no es una cuestión de respeto y corrección política, entonces, tal vez, podamos dejar de percibirlos como entidades extrañas con poderes sobrenaturales.

La auténtica esencia del libro no es el papel, sino la dinamita que lleva en su interior. **▲▲**

